

LECTIO



DIVINA

DOMINGO 3º



Cuaresma

Carlos Pabón Cárdenas, C.J.M.



PADRES EUDISTAS
PARROQUIA SANTA MÓNICA
CALI





Todos necesitamos conversión

Ambientación

Nos reunimos en el tercer Domingo de Cuaresma para celebrar la Eucaristía y escuchar la Palabra de Dios. El *primer Domingo* de Cuaresma nos ofreció el ejemplo de Jesús afrontando y venciendo en sus tentaciones. El *segundo Domingo* nos presentó aquella consoladora transfiguración del Señor, indicándonos que en medio de las pruebas de la vida, siempre podemos encontrar la fuerza y la luz de Dios.

En este *tercer Domingo* de Cuaresma la Palabra de Dios nos habla del *perdón* y de la *misericordia* de Dios. Pero de un perdón de Dios que responde a la actitud de *conversión* que encuentre en el hombre. Dios siembra su perdón generosamente, pero no a «voleo», sino en cada corazón abierto a darle acogida. Especialmente en este tercer Domingo de Cuaresma el Señor manifiesta la necesidad de *reconocer* nuestro pecado y *convertirnos* a Dios de todo corazón para dar frutos de buenas obras. La semana que empieza con este Domingo señala la mitad del camino de los cuarenta días y es un buen momento para hacer balance.

Durante la cuaresma escuchamos a menudo la palabra *conversión*. En el evangelio que se nos ha proclamado, san Lucas nos trae repetidamente esta palabra del Señor: «**Si no se convierten todos perecerán del mismo modo**». A la luz de la conversión podemos meditar la Palabra de Dios que hoy se nos propone.

1. PREPARACIÓN: Invocación al Espíritu Santo

*Ven, Espíritu Santo,
ábre los ojos de la FE
a las obras de la Palabra de Jesús,
para que siga cumpliendo HOY
en nosotros su acción salvadora.*

*Anima a los servidores
de la Palabra del Padre,
como inspiraste a los profetas
y a los mensajeros de la Buena Nueva.*

*Abre nuestra mente y nuestro corazón
a la escucha atenta de la Palabra
que nos da luz, vida y verdad.
Amén.*





2. LECTURA: ¿QUÉ DICE el texto?

Éx. 3, 1-8 a.13-15: «"Yo soy" me envía a ustedes»

En el proceso de conversión intervienen Dios, el hombre, e incluso el Pueblo, y, en ocasiones, un mediador. Como en toda la experiencia cristiana la iniciativa parte de Dios. El revela su amor por el hombre, su preocupación por él y lo llama a caminar hacia él. Es la conversión a Dios. Esta lectura del Éxodo nos lo ilustra bien, con la enseñanza sobre la revelación del nombre de Dios a Moisés, en el Monte *Horeb*.

Moisés, el que va a servir de mediador, anda por los montes en su oficio de pastor. No anda preocupado por la suerte de su Pueblo, esclavo en Egipto. Incluso ha huido y lo ha abandonado. Que desde su esclavitud busque a Dios es *conversión*.

Dios llama a Moisés por su nombre. Sentirse interpelado en plena soledad del desierto por el nombre propio es sobrecogedor. Debe pasar al campo de Dios, dejar sus sandalias empolvadas de caminos de hombre, y adentrarse en terreno sagrado. Dios empieza por presentarse. No es nuevo en esta historia. Atrás, cuatro o cinco siglos atrás, vivieron, y para Dios viven todavía, tres personajes que Él amó. Los eligió los acompañó en su aventura de vida, los hizo prosperar en familia y bienes. Dieron origen a un Pueblo: Abrahán, Isaac, Jacob.

El Pueblo que nació de ellos hoy vive en tierra extranjera y es esclavo. Dios entra en la realidad que el Pueblo sufre: *He visto la opresión de mi Pueblo... he oído sus quejas... me he fijado en sus sufrimientos...* Es un lenguaje muy humano para una preocupación divina: *ver, oír, fijarse*. El Pueblo vive en *opresión*. Dios da el paso hacia el Pueblo: *Voy a bajar a librarlos... a sacarlos de esta tierra... a llevarlos a una tierra fértil y espaciosa*. Pero quiere actuar a través de un hombre que oficia de mediador..

Moisés siente que se le viene encima una gran misión y quiere cerciorarse de no estar soñando. Pide a ese Dios que se le ha presentado que se identifique con un nombre propio. En su cultura lo que existe tiene nombre definido. El nombre va por el ser. No basta llamarse Dios en general. Diríamos, como no basta llamarse hombre. Ese hombre debe llevar un nombre propio. Dios acepta la pregunta y revela el nombre divino que lo va a distinguir en su Pueblo. Lo hemos conocido como Yahweh. Ese nombre significa *El que es*. No es una ilusión. Su nombre es su mismo ser. Él es el que está presente, el que acompaña, el que salva, aquel en quien se puede confiar. Y allí empieza una historia de liberación que la Biblia nos va a contar como llamado a conversión.

Dios mismo es el que toma la iniciativa. Moisés anda por los montes despreocupado de Dios y atento a sus cabras. Dios lo llama por su nombre y le revela su designio de salvar a su Pueblo, de cambiar una situación de esclavitud por una gozosa libertad. Hasta tal punto se compromete en esa obra que revela su intimidad dan *si no se convierten, todos perecerán del mismo modo* do a conocer su nombre.





Empieza allí esa larga historia que vincula a Dios con la suerte de un Pueblo. Dios que señala los caminos, que colma de esperanza el futuro de los que él ama (Jr. 31, 17).

El Pueblo, tantas veces reacio e infiel, es llamado a permanecer en actitud de escucha y de cumplimiento de los designios de Dios sobre él. Y no un día sino la totalidad de los días. Ese encuentro entre el Dios que preside la vida y le señala el camino y el hombre a quien se le pide no perder nunca de su mirada el rostro de Dios (Salmo 42) es lo que llamamos **conversión**.

Salmo 103(102): «El Señor es compasivo y misericordioso»

El Salmo 103(102) está organizado así:

1. Invitación a la alabanza (vv. 1-2).
2. Cuerpo del Salmo: el amor de Dios abarcando todo (vv. 3-19).
3. Conclusión de carácter celebrativo (vv. 19-12).

Por su estilo literario y por la altura de su concepto sobre Dios, el salmo 103(102) es una auténtica joya. «Uno de los más bellos poemas del salterio tanto por lo elevado de sus ideas y delicadeza de sus sentimientos como por la nobleza y elegancia de la expresión» (J. Cales).

Curado de una enfermedad que el juzga consecuencia del pecado, el salmista ve en esta curación acompañada del perdón, como una experiencia privilegiada del amor de Yahvé. El salmo es una contemplación admirativa de la condescendencia de un Dios eterno y soberano sobre la nada que es el hombre; una nada amada por Dios. El salmo es un himno al amor misericordioso de Dios. «El amor de Dios corre a través de todo el poema como la sangre bajo la piel» (G. Brillet).

El salmista canta la **misericordia** y la **fidelidad** de Dios hacia su pueblo, recordando que «enseñó sus caminos a Moisés». Pero el pueblo, en el camino del Éxodo, desoyó con frecuencia la voz del Señor, y la gran mayoría no fueron agradables a Dios ya que quedaron tendidos por el desierto. La plegaria del salmo es una meditación y una alabanza al Señor que se ha manifestado a Moisés y, por él, al pueblo. El elemento esencial es su **misericordia**, entendida como fidelidad a sí mismo en el amor creador para con los hombres, y su ternura para con la obra de sus manos. Es bueno recordar las palabras de Jesús: «Sean misericordiosos como lo es su Padre».

1Co. 10, 1-6.10-12; «La vida del Pueblo con Moisés en el desierto se escribió para escarmiento nuestro»

La reflexión del apóstol es un magnífico nexo entre las escenas del inicio del Éxodo (1a. lectura) y las advertencias de Jesús sobre el modo de vivir los acontecimientos de cualquier tiempo (evangelio). En el contexto cuaresmal, repleto de





lectura bíblica, la exhortación apostólica subraya la seriedad con que debe escucharse la Palabra de Dios, sacando de ella consecuencias para la vida.

San Pablo relaciona nuevamente con el Antiguo Testamento, citando el nombre de «Moisés» (1Co. 10,2). Pero el Apóstol no se avergüenza de prevenir ante una confianza exagerada: *«El que se cree seguro, ¡cuidado!, no caiga»* (1Co. 10, 2).

El pueblo ha vivido la angustia de la sed. Tenerla en extremo es tocar la muerte. Ha clamado a Dios y Él le ha dado de beber por mediación de Moisés. De una roca golpeada en su nombre ha brotado el agua de vida. San Pablo hace una lectura profunda de ese acontecimiento. Allí hay realidad y hay figura. La realidad es lo vivido en ese momento, la figura es lo que ese hecho anuncia para el futuro: descubre el carácter previo y el significado cristológico del Antiguo Testamento, cuando afirma que la **roca espiritual** de la que el Pueblo debía beber era **Cristo** mismo (1Co. 10, 4). Un día en el evangelio de san Juan Cristo grita: *«Quien tenga sed, que venga a mí y beba»* (Jn. 7, 37). Se trata de otra sed y de otra agua. Dios siempre llama a ver *«cosas mayores»* (Jn 1, 50).

Esta palabra es para nosotros hoy. San Pablo dice: *«Estas cosas sucedieron en figura para nosotros»*. El tiempo de cuaresma nos hace sentir actual la Palabra del Señor que nos llama con afecto y con urgencia a una verdadera **conversión** del corazón., de todo el interior de nuestra persona. No se trata sólo de que cambiemos de sitio o de que luchemos contra algo en particular en nuestra vida. Es la totalidad de nuestro corazón lo que debe cambiar. Nuestra manera de pensar y de querer, de actuar en el mundo en que vivimos cuando no es como el Señor quiere.

No busquemos un cambio por simples razones de conveniencia. Lo que nos puede pedir el trabajo que desempeñamos o el entorno social en que vivimos. La razón fundamental la debemos encontrar en la invitación incesante que nos hace el Señor: **Conviértanse a mí**. Regresen, encuentren de nuevo el camino del que se han extraviado. Si con sinceridad analizamos nuestra manera de vivir encontraremos que estamos distanciados del proyecto de Dios sobre nosotros y sobre el mundo.

Si todos cambiamos y nos dejamos reconciliar por Dios el mundo en que vivimos cambiará. Repitamos a menudo en forma de oración: **Conviértenos, Señor Dios nuestro, y seremos convertidos**.

Lc. 13, 1-9: «Si no se convierten, todos perecerán del mismo modo»

EVANGELIO DE JESUCRISTO SEGÚN SAN LUCAS

R/. Gloria a ti, Señor.





¹ En aquel mismo momento llegaron algunos que le contaron lo de los galileos, cuya sangre había mezclado Pilato con la de sus sacrificios.

² Les respondió Jesús: «¿Piensn que esos galileos eran más pecadores que todos los demás galileos, porque han padecido estas cosas?»

³ No, se lo aseguro; y si no se convierten, todos perecerán del mismo modo. ⁴ O aquellos dieciocho sobre los que se desplomó la torre de Siloé matándolos, ¿piensan que eran más culpables que los demás hombres que habitaban en Jerusalén? ⁵ No, se lo aseguro; y si no se convierten, todos pereceráns del mismo modo».

⁶ Les dijo esta parábola: « Un hombre tenía plantada una higuera en su viña, y fue a buscar fruto en ella y no lo encontró. ⁷ Dijo entonces al viñador: "Ya hace tres años que vengo a buscar fruto en esta higuera, y no lo encuentro; córtala; ¿para qué ha de ocupar el terreno esterilmente?" ⁸ Pero él le respondió: "Señor, déjala por este año todavía y mientras tanto cavaré a su alrededor y echaré abono, ⁹ por si da fruto en adelante; y si no da, la cortas"».

Re-lemos el texto para interiorizarlo

a) Contexto: Lc. 9,51 - 19,28: «Viaje a Jerusalén»:

El trabajo redaccional de Lucas organiza todo el material de su evangelio presentando la vida y misión de Jesús como un *largo* «viaje desde la Galilea hasta Jerusalén». La descripción de este viaje la vemos en Lucas desde 9,51 hasta 19,28 y ocupa casi diez capítulos, ¡más de una tercera parte del Evangelio!

A lo largo de estos capítulos, Lucas recuerda a los lectores, constantemente, que *Jesús va de camino*. Raramente dice dónde se encuentra Jesús, pero da a entender claramente que Jesús va de viaje y que *el objetivo del viaje es Jerusalén*, donde morirá según todo lo anunciado por los profetas (Lc. 9,51.53.57; 10,1.38; 11,1; 13,22.33; 14,25; 17,11; 18,31.35; 19,1-11.28).

Y también después de que Jesús está ya vecino a Jerusalén, Lucas continúa hablando de *un camino hacia el centro* (Lc. 19,29.41.45; 20,1). Poco antes del comienzo del viaje, con ocasión de la Transfiguración junto a Moisés y Elías sobre la cima del Monte (*Domingo 2° de Cuaresma*), el ir a Jerusalén es considerado como un **éxodo** de Jesús (Lc. 9,31) y como su **asunción** o subida al cielo (Lc. 9,51).

En el Antiguo Testamento, Moisés había guiado el primer éxodo liberando a la gente de la opresión del Faraón (Éx. 3,10-12) y el profeta Elías había subido al cielo, en el Horeb (2Re. 2,11). Jesús es el *nuevo Moisés*, que viene a liberar al pueblo de la opresión de la Ley. Es el *nuevo Elías* que viene a preparar la llegada del Reino.





La descripción del largo viaje de Jesús a Jerusalén refleja también el largo y doloroso viaje que las comunidades de la Grecia estaban haciendo en el tiempo de Lucas en el vivir cotidiano de sus vidas: pasar de un modo rural de la Palestina al mundo cosmopolita de la cultura griega, en las periferias de las grandes ciudades de Asia y Europa. Es también el camino de todos nosotros a lo largo de nuestra vida. ¿Somos capaces de transformar las cruces de la vida en éxodo de liberación?

b) Comentario:

vv. 1-5: Jesús comenta dos hechos de actualidad

v. 1: La gente comenta ante Jesús un hecho:

«En aquel mismo momento llegaron algunos que le contaron lo de los galileos, cuya sangre había mezclado Pilato con la de sus sacrificios».

La alusión corta que Lucas hace del incidente del cual nos habla el v. 1^a es el único referente que tenemos. Sin embargo, otras fuentes históricas nos hablan de la persona de Pilato y de los 10 años que duró su gobierno en Judea. Tanto Filón como Flavio Josefo hablan desfavorablemente de él y de su mandato. Filón dice acerca de Pilato: *«Era cruel por naturaleza, y en la dureza de su corazón no se detenía ante obstáculo alguno. Bajo su gobierno no se obtenía nada en Jerusalén sino mediante soborno; el oprimido, ultrajado de todas las maneras; se condenaba a muerte sin proceso judicial; la crueldad del tirano era infatigable».*

En cuanto a Josefo, relata algunos incidentes con los que hirió de lleno el sentimiento religioso de los judíos. El más característico tuvo lugar con motivo de un acueducto que Pilato hizo construir para traer agua a Jerusalén: sufragó los gastos con el dinero del Templo, que era sagrado. Al saberlo, una multitud de judíos se congregó ante él, para gritar y pedir que desistiera de sus proyectos.

Pilato hizo vestir a un buen número de soldados con vestidos judíos, y mandó que, armados de porras, se mezclasen entre la multitud. A una señal convenida, empezaron a atacar a los que alborotaban y a los pacíficos, de modo que muchos judíos perecieron en el lugar y otros huyeron malheridos.

El escenario es el Templo, y la situación, la de una fiesta de la Pascua: sólo allí se ofrecían sacrificios, y sólo en esa ocasión tomaban parte los que no eran sacerdotes en ellos. En las peregrinaciones con motivo de las fiestas no faltaban los tumultos, de modo que el Procurador, que vivía habitualmente en Cesarea, subía a Jerusalén por la Pascua para velar más de cerca por el orden. El hecho de que Pilato *«mezclase la sangre de los galileos con la de los sacrificios»*, que sin duda debe entenderse como que los mató durante el sacrificio mismo, suponía para la mentalidad judía un doble crimen: asesinato, y profanación del templo.





vv. 2-3: Jesús enseña interpretar los hechos

² Les respondió Jesús: «¿Piensn que esos galileos eran más pecadores que todos los demás galileos, porque han padecido estas cosas? ³ No, se lo aseguro; y si no se convierten, todos perecerán del mismo modo.

La gente espera que Jesús opine algo. Él interroga: «¿Piensan que esos galileos eran más pecadores que todos los demás galileos, porque han padecido estas cosas?» (v. 2). Con su pregunta Jesús está aludiendo a la interpretación popular de esa época, según la cual el sufrimiento y la muerte violenta son el castigo de Dios por cualquier pecado que haya cometido la persona.

Jesús reacciona con mucha claridad y firmeza. Niega la interpretación popular y transforma el hecho en un **examen de conciencia**: «No, se lo aseguro; y si no se convierten, todos perecerán del mismo modo» (v. 3).

vv. 4-5: Jesús insiste en su enseñanza comentando otro hecho

⁴ «O aquellos dieciocho sobre los que se desplomó la torre de Siloé matándolos, ¿piensan que eran más culpables que los demás hombres que habitaban en Jerusalén? ⁵ No, se lo aseguro; y si no se convierten, todos perecerán del mismo modo».

Jesús mismo toma la iniciativa de comentar otro hecho. Una tormenta hace que se desmorone la torre de Siloé y dieciocho personas mueren aplastadas por las piedras. El comentario de la gente: «¡Castigo de Dios!». Jesús, en cambio, según su costumbre, parte del hecho concreto para situarse en un plano superior: el del Reino de Dios. E interpreta de otro modo: los demás habitantes de Jerusalén no eran menos pecadores que éstos: «¡No, se lo aseguro; y si no se convierten, todos perecerán del mismo modo!». Por eso, todos deben hacer igualmente penitencia, si no quieren perecer de la misma manera, es decir, si no quieren verse excluidos del Reino de Dios.

Jesús **lee** los acontecimientos de la vida, de tal manera que a los oyentes se transparente la **llamada de Dios al cambio y a la conversión**. Jesús es un místico, un contemplativo. Lee los hechos de un modo diverso. Sabe leer e interpretar los signos de los tiempos. Para Él, el mundo es transparente, revelador de la presencia y de las llamadas de Dios.

Nos enseña a hacer una lectura apropiada de los acontecimientos de la vida.. El Señor nos dice que es equivocado juzgar a Dios como castigador de pecados a través de las circunstancias dolorosas de la vida. El Dios que nos revela Jesús es el Dios Padre, **rico en misericordia**. Nos enseña solo cabe una actitud correcta, la del hombre que se sabe pecador y en necesario estado de conversión, de acogida generosa y permanente de la voluntad de Dios en la vida. Lo que Dios quiere es **hijos en estado de conversión** y no jueces de las conductas ajenas.





vv. 6-9: Parábola de la higuera estéril

v. 6-7a: El agricultor tiene paciencia y confianza pero la higuera no responde

⁶ «Les dijo esta parábola: «Un hombre tenía plantada una higuera en su viña, y fue a buscar fruto en ella y **no lo encontró**.^{7a} Dijo entonces al viñador: "Ya hace tres años que vengo a buscar fruto en esta higuera, y **no lo encuentro**»;

De parte de Dios no hay espacio sino para la **paciencia** y la **confianza** en nuestra capacidad de acogida en la fe de la Palabra del Señor. Lo dice a través de la hermosa y consoladora parábola de la higuera plantada en su viña.

Es emotiva la imagen de la higuera, plantada con cuidado en la viña, amada por el dueño de la viña pero que lastimosamente no da fruto. Es **estéril** y la esterilidad es incompatible con lo que Dios quiere. Muchas veces -«tres años» es un número importante- Dios **viene a buscar fruto y no lo encuentra**. La higuera fue en la Biblia imagen del *Pueblo de Israel*, tantas veces visitado por Dios mediante los profetas, incansable en búsqueda de frutos de fidelidad a la alianza.

v. 7b-9: La solución

^{7b} «córtala; ¿para qué ha de ocupar el terreno esterilmente? ⁸ Pero él le respondió: "Señor, déjala por este año todavía y mientras tanto cavaré a su alrededor y echaré abono,⁹ por si da fruto en adelante; y si no da, la cortas".»

¿Qué soluciones? ¿Arrancarla para que deje el puesto a otro árbol fértil? ¿O tener paciencia, creer siempre en las posibilidades? ¿Quién es ese viñador que defiende la higuera estéril y le abre espacio para la fecundidad? La higuera somos nosotros, amados por Dios, plantados en su viña, con un compromiso: dar frutos. Esos frutos son la santidad de vida y la consagración a la misión que tenemos en el mundo en que vivimos. Pero podemos tener la amenaza de la esterilidad. El viñador, que nos defiende y cree siempre en nosotros, en nuestras posibilidades, es el Señor mismo. El está de nuestra parte. ¿Quién podrá resistir a su amor paciente y confiado?

De nuevo, se destaca la **paciencia** divina. De parte de Dios no hay espacio sino para la **paciencia** y la **confianza** en nuestra capacidad de acogida en la fe de la Palabra del Señor. Lo dice a través de la hermosa y consoladora parábola de la **higuera plantada en su viña**. El agricultor, que es el mismo Dios, siempre espera fruto de esos árboles que siembra y cuida con afecto y que somos nosotros. Pero muchas veces, «tres años» es un número importante,

El **viñador** es el mismo Dios que viene encarnado en Jesús de Nazaret. Desde su condición de hombre, sin conocer él el pecado, se hace solidario del hombre pecador e





intercede por él. Una vez más el Dios poderoso cede ante la súplica del débil que clama como lo hizo tantas veces en la primera alianza (**Ex 32**).

Pero Jesús, el viñador, no sólo intercede. Trabaja intensamente para que ese Pueblo dé fruto: cava, abona, riega. Ahí está su palabra para testimoniarlo, los signos de misericordia que hace con enfermos y pecadores, y falta el acto mayor, su muerte y su resurrección. No nos dice la parábola que fin tuvo la viña. Esa historia es perpetua. Sigue dándose ese plazo interminable de la misericordia divina. Ahora ofrece la última oportunidad (v. 8).

3. MEDITACIÓN: ¿QUÉ NOS DICE el texto?

Leer e intepretr los signos de los tiempos

Juzgar la realidad, cuando ésta es trágica, puede llevarnos al error de pensar en «castigos divinos». Esta interpretación es rechazada por Jesús. Esos «**signos de los tiempos**» deben servir para **rastrear** la presencia de Dios y los trazos de su voluntad, y para **mirarnos por dentro**, como una llamada a **examinar nuestras vidas**.

Jesús, gran Maestro, aprovecha la oportunidad para llevar a sus interlocutores al **arrepentimiento** y a la **conversión de corazón**. El Señor Jesús nos invita a pasar del «**lamento por...**» a la «**oportunidad para...**»: ¿qué nos sugiere este giro?

Prisas y paciencia

La parábola presenta dos personajes contrapuestos en torno a una higuera «vaga», que «**no hace**» fruto.... Uno quiere cortarla, otro quiere darle una nueva oportunidad. El personaje paciente y compasivo es el que lleva «**la voz cantante**» y, a la postre, es el principal y se compromete a hacer todo lo posible para que la higuera dé frutos (Dios mismo o Jesús siempre dispuesto a llamar a las personas al arrepentimiento y a cambiar su corazón).

Estos personajes, tratados desigualmente en el texto, son un espejo para nosotros: ¿con quién nos identificamos más? ¿Quién nos sirve de ejemplo? ¿Somos conscientes de que nuestras «**prisas**» para con los demás suelen coincidir con nuestra «**paciencia**» con nosotros mismos? Pero la prisa debe estar en nuestro empeño por tratar de ayudar a los otros; y la **paciencia** en nuestro trato con los demás.

Si nos vemos representados en la higuera, ¿cuáles crees que son los frutos que se te piden hoy, aquí, ahora?

La Conversión es para todos

Entendemos a veces la conversión como un hecho puntual, casi anecdótico, de nuestra vida. Estoy en un problema moral y veo que debo convertirme: dejar el alcohol, la droga, la infidelidad. Ese deseo es legítimo. Pero cuando la Palabra de Dios nos habla de conversión pone el acento más en la persona **a quien** me debo convertir que





en qué o de qué me debo convertir. La conversión se hace encuentro entre dos personas que se aman. Esto no es más que la consecuencia de haber descubierto el papel primordial que juega en mi vida la persona misma de Dios, de Jesucristo.

«*Jerusalén, conviértete al Señor, tu Dios*», grita la Palabra de Dios en la primera alianza. El más interesado en nuestra conversión es Dios mismo. Su palabra que nos invita a volver a él es insistente y nos despierta de nuestra indiferencia. Y el hombre mismo percibe que Dios es la fuerza de la conversión: «*Conviértenos a ti, Señor, y nos convertiremos*» (Lm. 5, 21). La conversión es una actitud que dura toda la vida. Es mantener la obediencia y la fidelidad a Dios sin descanso. Tanto el santo como el pecador están en proceso incesante de conversión todos los días de la existencia.

Todo proceso de conversión supone también, en respuesta a la iniciativa divina, una aceptación clara de la propia vida. Qué falla en ella, qué debe cambiar en ella para dar respuesta a la llamada divina. Se empieza por descubrir el amor de Dios que nos ha precedido y sigue siendo una urgencia en la vida. Y luego, tomar conciencia de la falta de respuesta a ese amor que llama. A eso nos invita Jesús en el Evangelio. Le traen los oyentes noticias del contexto histórico vivido, y Jesús les enseña a hacer una **lectura de fe** de lo que traen los noticieros de la época. No contentarse con lo que sucede sino preguntarse **qué me dice Dios** a través de ellos. Lo primero, que todos somos pecadores y estamos expuestos a los peligros. Que hay sucesos que no deben tomarse como castigos divinos sino como acontecimientos a través de los cuales Dios nos habla.

Estamos en la cuaresma.

Es tiempo de conversión. Para que haya una conversión radical, que dure toda la vida, debemos partir de la experiencia del amor de Dios. Decimos: *Dios me ha amado, me ama*. Encontrar en la vida las huellas de ese amor: el *Bautismo, el hogar, la educación, la experiencia cristiana de la vida*. Y de seguro muchas otras que suceden en la cotidianidad de la existencia. Luego, dejarse cautivar por el amor de Dios y darle una respuesta positiva. Llenar de presencia activa de Dios todos nuestros días en todo lo que hacemos y vivimos. Mirar al prójimo, no sólo al amigo o al familiar, sino a todo aquel que Dios pone en nuestro camino. El es prójimo para nosotros y nosotros para él. Nadie nos puede ser extraño, y menos aún, enemigo. La conversión nos lleva al corazón mismo de Dios. Así nos preparamos para celebrar la Pascua. En ella celebramos el recuerdo de nuestro Bautismo, no como un acontecimiento del pasado, sino como una fuerza presente que nos hace vivir plenamente nuestra vocación, nuestros compromisos cristianos. Somos el Pueblo liberado, la higuera cultivada con esmero divino





4. ORACIÓN: ¿QUÉ LE DECIMOS NOSOTROS a DIOS?

Ante la necesidad que tenemos de perdón, pedimos **por la Iglesia:** para que sepa decir a todos los hombres que Dios es rico en misericordia y pronto al perdón...

También tenemos necesidad de concordia y paz entre nosotros; pedimos para que todos sepamos actuar con responsabilidad cristiana, con justicia y caridad, y sepamos construir un mundo más fraternal y en paz....

Pedimos por cada uno de nosotros: que no tengamos miedo a abandonar muchas de las cosas en las que estamos enfrascados, para acercarnos a Dios y ser capaces de convertir nuestro corazón y gozar de la cercanía de Dios..

5. CONTEMPLACIÓN - ACCIÓN: ¿A QUÉ NOS COMPROMNETE la PALABRA?

La Palabra de este Domingo nos invita a pedirle a Dios el don de la conversión para *hacer fruto*. Sin duda, no tenemos todos los frutos deseables, pero podemos dejarnos mirar desde su corazón paciente que quiere cavarnos y echarnos abono, que hagamos fruto.

Algunas preguntas para meditar durante la semana:

1. ¿Qué dimensión de mi vida puedo cambiar?
2. ¿Qué hacer, por poco que sea, para leer el mal en tantas situaciones desde otros ojos, como trampolín para crecer en conversión del corazón?
3. ¿Cómo dar pasos para hacer fruto, aunque sea un poco más?
4. ¿Qué fruto me demanda la realidad que vivo, mis conflictos y relaciones? ¿Algo que esté en mi mano de modo realista!

Carlos Pabón Cárdenas, CJM.

